

¿ESTABA TODO DICHO SOBRE EL DICTADOR LATINOAMERICANO?

## “La Fiesta del Chivo”

PLINIO  
APULEYO  
MENDOZA



Con idéntico entusiasmo, dos amigos que acababan de leer “La Fiesta del Chivo” me llamaron la semana pasada por teléfono para decirme lo mismo: era la mejor novela de Vargas Llosa. Hasta ese momento, yo seguía dudando entre concederle semejante trofeo a “Conversaciones en la Catedral” o a “La guerra del fin del mundo”. Pero apenas empecé a leer “La Fiesta del Chivo”, no pude soltar el libro. Lo terminé a las tres de la madrugada (oía de pronto a esos cuervos marinos que en esa hora de silencio largan gritos o risas tenebrosas en los tejados de la vieja Roma) y ya no me quedó la menor duda: mis amigos tenían razón.

Siempre me dije que Vargas Llosa se había empeñado en una peligrosa apuesta. Después de “Yo el supremo” de Roa Bastos,

de “El recurso del método” de Carpentier, de “Oficio de difuntos” de Uslar Pietri y sobre todo de “El Otoño del Patriarca” de García Márquez, ¿qué podía rasparse en el fondo de la olla a propósito del dictador latinoamericano? ¿No estaba ya todo dicho?

A Mario, lo sé de sobra, semejantes referencias no lo desalientan. Es un Aries peligroso: en toda empresa suya, sea política o literaria, pone una asombrosa mezcla de ardor combatiente, de fanática tenacidad y de una disciplina idéntica a la que debió martirizarlo en el Leoncio Prado. Con esas dotes, puede romperse la cabeza o ganar su apuesta. Y en este caso, la ganó.

¿Cómo lo hizo? En primer término, no incurrió en la ya devaluada astucia de ponerle máscara a un dictador real, inventándole un nombre y un país. García Márquez había evadido este mismo peligro, llevando la hipérbole a una latitud mágica y sirviéndose de toda su orfebrería poética para hacer de su patriarca una desmesurada metáfora del dictador tropical: sin ser ninguno de ellos en

particular, los representa a todos. Mario tomó el camino inverso. Se sumergió temerariamente en la realidad, la de Leonidas Trujillo y de la República Dominicana, realizando, en el punto de partida, un monumental trabajo de reportero, parecido, supongo, al que hizo Truman Capote para escribir “A Sangre fría”. Su Trujillo es Trujillo, el de verdad. Su entorno y sus horrores también. Y con este material vivo en su mano, el novelista hizo lo suyo.

Lo suyo, es decir, una prodigiosa obra de ingeniería narrativa. En torno a tres relatos alternativos, que establecen un contrapunto electrificante, asistimos al último día de Trujillo, a la empresa suicida de quienes se han propuesto matarlo y al breve regreso a su país, muchos años después, de Urania, la hija de un colaborador del régimen caído en desgracia. La novela nos ofrece no sólo una galería de personajes bien esculpidos, sino ante todo la hazaña de seguir la historia a través de sus propios puntos de vista: el de Trujillo, el de Balaguer, el de cada

uno de los conspiradores y el de Urania, que es ya la visión de aquella pesadilla almacenada en su memoria.

Los personajes más fascinantes del libro son desde luego Trujillo y Balaguer. Del primero sabemos todo: sus pensamientos recónditos, sus manías, sus desafueros sexuales (por algo lo llamaban ‘El Chivo’) y el bárbaro fin que destinaba a sus enemigos, haciéndolos secuestrar o detener por su fiel jefe de seguridad, el coronel Abbes García, para someterlos a infinitas torturas antes de dejarles sus despojos a los tiburones. Pero sabemos también de sus curiosos escrúpulos. Trujillo ardía de rabia al saber que sus hijos, su mujer y sus amigos sacaban dinero al exterior. Jamás pensó en exilarse. Ponía muchas empresas a su nombre, no necesariamente para enriquecerse sino para evitar que fueran saqueadas. Estaba convencido de ser el benefactor de su patria. “Por este país me he manchado las manos de sangre”, declara en un almuerzo. Y para que, según él, los negros no colonizaran la

República Dominicana, se enorgullece de haber hecho masacrar a 20.000 haitianos en 1937.

Balaguer es, en el carácter, su opuesto. A Trujillo este obsecuente colaborador suyo lo intriga sobremanera. Sabe, y ello le extraña, que es un hombre pobre, austero y devoto, que no bebe ni roba, que no tiene esposa ni mujeres, ni vicios ni ambiciones, que pronuncia discursos presentándolo a él, su jefe, como un enviado de Dios para salvar a la patria y se conforma con ser un oscuro presidente fantoche. Pero asesinado Trujillo, se descubre, tras el fantoche, otro Balaguer: un político providencial, cazurro, de sutiles manejos florentinos, que logra el tránsito hacia la democracia enviando amablemente al exilio a los parientes y a los sangrientos esbirros del dictador, con los bolsillos llenos de dólares y sin reparar en sus últimos crímenes. Atroces, alucinantes, Balaguer no los evita; los ignora. Pero apenas hijos y hermanos de Trujillo han partido para el exterior, recibe y condecora a los dos únicos autores del atentado

que han sobrevivido. Personaje enigmático, no llega nunca a saberse si realmente sabía del complot para asesinar al dictador. El propio Vargas Llosa, en el curso de una larga entrevista destinada a nutrir la documentación de su novela, le hizo, al parecer, esta pregunta sin recibir una respuesta clara. Tal ambigüedad queda en la historia... y en el libro.

Cosa extraordinaria, leyéndolo, no sabe uno dónde termina la realidad y donde empieza la ficción. La sutura entre la una y la otra no se advierte. Es una perfecta labor de cirugía narrativa. Tantas preguntas me quedaron en la cabeza, que no resistí la tentación de hablar con el propio Mario. Pude hacerlo el mismo día que cumplía 64 años. Viajaba él en auto de Lyon a París con un teléfono celular al alcance de la mano. Sí, me dijo, había personajes ficticios (‘Cerebritito’ era uno de ellos) al lado de otros reales. Pero aun aquellos, tenían sustento en la realidad. Y aunque esto no necesitaba decirme, allí estaba la clave de “La Fiesta del Chivo”: la realidad de un país nuestro es tan desbordante y terrible que, si se tiene el talento de hacer un fiel retrato de ella, se logra, como en este caso, el milagro de una gran novela.